

Del miedo a la esperanza. Un aporte de Monseñor Carlos González Cruchaga

Benoit Mathot
Doctor en Teología
Universidad Católica del Maule
bmathot@ucm.cl

1. Introducción

Hace pocos días, Chile celebraba el trigésimo aniversario del “No” al plebiscito organizado por el gobierno del general Pinochet. El año 1988 marca así para Chile un año decisivo de su historia con el retorno de la democracia. Ustedes lo saben mucho más que yo, visto que soy belga, este período fue un período de mucho miedo y de mucha esperanza para muchas personas aquí en Chile. Es en homenaje a este momento de *kairos* en su historia que he elegido un texto de Monseñor Carlos González que trataba justamente de los miedos y de las esperanzas de este período. Este texto (pequeño) se titula: “Del miedo a la esperanza”, y fue escrito, bajo la forma de una carta, en julio del año 1988 para la Festividad de Nuestra Señora del Carmen.

Durante esta breve presentación, no voy a hacer un comentario científico de este texto, sino que voy a dar largamente la palabra a Don Carlos, para que podamos escuchar, no solamente los contenidos teológicos que quería compartir, sino también el ritmo de su palabra y de su escritura.

En el proemio de su texto, Don Carlos escribe: *“Toda la creación está siempre en una tensión fuerte, con sombras y luces, con miedos y alegrías, con tristezas y esperanzas. Habrá una lucha permanente entre la luz y las tinieblas y “la luz nace en las tinieblas y las tinieblas no la recibieron”, nos dice el primer capítulo del Evangelio de San Juan. Estamos en julio de 1988 y escribo estas líneas pensando que el miedo es una realidad fuerte en este país y está en el corazón de muchos chilenos”*¹. Tenemos aquí el ejemplo impactante de un gesto teológico encarnado en lo real de la vida, y que quiere responder a las preocupaciones concretas de su pueblo: el miedo, la esperanza, la paz, la alegría, el coraje para vivir.

¹ Todas las referencias de este texto provienen del breve texto: C. GONZÁLEZ CRUCHAGA, “Del miedo a la esperanza”, en *Obispo de Talca por 25 años. Selección de cartas pastorales*. Ediciones Marana-tha: Talca, 1992, pp. 165-178.

Encontramos también en este texto un ejemplo de gesto teológico que se piensa en termino de correlación entre la Palabra revelada y la vida cotidiana. En este marco, los textos bíblicos nos ofrecen palabras para nombrar y aclarar nuestra realidad, y para responder a esta realidad. Don Carlos lo expresa claramente cuando dice: “*Deseo presentar el miedo en la Biblia, nuestros miedos de siempre y los miedos actuales, trataré de presentar caminos de superación para vivir con más alegría y con paz*”. Vivir con paz nuestros miedos, esto es el programa que nos propone Don Carlos en su carta a los fieles de la Diócesis de Talca. Un programa que él desarrolla en 5 puntos breves: 1) el miedo en la Biblia, 2) los miedos de siempre, 3) el desaliento como expresión de miedo no asumido, 4) los miedos actuales, y 5) la esperanza. Pasamos así de un primer punto de miedo a un último punto de esperanza. Y es este viaje del miedo a la esperanza que vamos a vivir, de nuevo, ahora escuchando la voz de Don Carlos.

2. El miedo en la Biblia

Cuando Don Carlos nos presenta las figuras del miedo en la Biblia, lo hace primero hablando de Adán (que responde a la pregunta “*Adán, ¿dónde estás?*” de Dios, diciendo: “*he escuchado tu voz en el jardín, estaba desnudo, tuve miedo y me he escondido*”). Esto corresponde a la primera aparición del miedo en la Biblia. Después, Don Carlos nos hace encontrar el miedo en las figuras de Caín y del pueblo hebreo. Caín que dice, después de la muerte de su hermano Abel: “*mi iniquidad es demasiado grande para ser perdonado. Me expulsarás de la tierra y estaré lejos de tu rostro. Andaré errante y vagabundo y quien me encuentre me matará*”. Como lo menciona Don Carlos, hablando de Caín: “*Es un hombre derrotado por el miedo y los sentimientos de culpa*”. En cuanto al pueblo hebreo, encontramos su “*miedo frente al faraón de Egipto, el miedo de la sequía, al hambre e incluso el miedo a Dios*”. Podemos también pensar al miedo de los profetas, que “*que temen a asumir los llamados de Dios y que dicen al Señor: soy hombre de labios impuros y no sé hablar*”.

En el Nuevo Testamento, encontramos también varias figuras del miedo, por ejemplo, con Zacarías, padre de Juan Bautista, “*invadido por el temor*”, o con los discípulos que están con Jesús en la barca azotada por el temporal, y que Jesús calma, o con la figura de Pilato que se lava las manos por miedo de perder el poder. ¿Y qué pensar del miedo del mismo Jesús, durante la noche antes de su Pasión?: “*comenzó a angustiarse y a atemorizarse*”. En realidad, el miedo, como realidad antropológica universal, está muy presente en la Biblia.

Pero si el miedo está muy presente, las figuras de la esperanza están también muy presentes: por ejemplo, en Abraham, que *“tuvo confianza en el Eterno”*; en Isaías, que se transforma de profeta temeroso a ser capaz de decir *“aquí estoy, envíame a mí”*; o en David, que *“vence al gigante Goliat con la honda y cinco piedras del río”*; y en el Nuevo Testamento con la Resurrección de Jesús. En efecto, escribe Don Carlos: *“Con la Resurrección, renace la esperanza, porque siempre el amor es más fuerte y la vida supera a la muerte. El miedo es derrotado por la esperanza y Jesús es el Salvador que trae la paz y la alegría”*.

En conclusión, podemos afirmar con Don Carlos que *“la Biblia nos enseña la historia de la esperanza y del miedo. Las alternativas de la tristeza vencida por la alegría y nos va educando a entender lo que sucede en nuestras vidas”*. Su método es el de establecer una correlación entre el mensaje cristiano (a través de los textos bíblicos) y la situación existencial del hombre. Insisto: no es teología que habla del sexo de los ángeles, fascinada por la música suave de su propio discurso, sino que se encarna en preocupaciones concretas, básicas, sencillas, pero también vitales. Y finalmente, es este contacto de la Iglesia con la realidad de la situación existencial que Don Carlos nos llama a arriesgar.

3. Los miedos de siempre

Lo vemos, los textos bíblicos hacen eco a la situación existencial de los seres humanos, nombran realidades universales. Así, si hablan tanto de los miedos, es bien porque la experiencia del miedo (los grandes como los pequeños) es una experiencia fundamental del ser humano, y que tiene que ver con su ser mismo. Como lo dice muy bien Don Carlos: *“Existen miedos en el corazón humano y en la vida de los pueblos. Hay tantas personas que se ahorran para no gastarse, y no arriesgan la vida porque temen vivir. Son aquellos que viven dominados por la inseguridad de los complejos que los hace vivir en forma disminuida. Están dominados por el miedo a vivir. Muchos viven arrancados de ellos mismos por temor a encontrarse con la propia verdad y no pueden estar tranquilos y en silencio. Siempre están escuchando una radio o frente a un televisor y si se preguntaran con sinceridad sabrían que el miedo a la verdad les hace vivir en la evasión”*.

Se trata aquí de un diagnóstico muy lúcido de Don Carlos, que él explica de la manera siguiente: *“El miedo a la propia fragilidad, a ser vulnerables y débiles, suele ser el gran mecanismo paralizante de muchas energías. Es no saber aceptar que Dios escoge a lo que es débil y que en su fragilidad estará su mayor fuerza si acepta*

la gracia de la fuerza de Dios. Es lo que escribe San Pablo y es lo que muestra David al vencer a Goliath en el ejemplo citado anteriormente". En el contexto de 1988, ya podemos discernir en las palabras de Don Carlos sobre los miedos la propuesta de un camino de vida que descubre su fuerza asumiendo la fragilidad y los temores, y arriesgando un acto de confianza incondicionada en algo (o en alguien) que nos escapa, pero que al mismo tiempo es fuente de coraje.

Cito aquí largamente a Don Carlos, para mostrarles cómo el obispo se acerca a la actualidad desde su tema: *"Entre los grandes miedos de siempre es necesario recordar el temor a los cambios. Nos aferramos al pasado, a lo conocido, a los caminos ya recorridos y olvidamos que el apego a la tradición mal entendida suele ser un mecanismo de defensa que lleva a la rutina y a la mediocridad. La vida es un proceso dinámico que nos lleva a una permanente maduración personal y evolución de la sociedad. Las sociedades siempre están en proceso de cambios, pero no es el cambio por el cambio lo que importa, sino aquel cambio que nos lleva a una mejor calidad de vida, social y personal. Los cristianos debemos encontrar en el Evangelio de Jesús los criterios para discernir aquellos cambios en los cuales debemos comprometernos y por los cuales jugarnos la vida"*. Y un poco más lejos, en la tercera parte, hablando esta vez del desaliento, Don Carlos escribe que este desaliento, visible en tantos hermanos y hermanas, proviene justamente de un miedo que no asumido: *"El gran desafío humano será siempre crecer o morir. Un tropiezo importante se suele producir por el desaliento, generado casi siempre en algún miedo mal asumido"*. Y justo después: *"Cuál sea la historia de cada uno depende mucho de cómo lleva el desaliento que viene del miedo mal asumido y no integrado en la vida"*.

4. Los miedos actuales

Último momento del texto: los miedos actuales (estamos en 1988). Y en este momento hay que ver que Don Carlos intenta incluir los diversos tipos de miedos que atraviesan la sociedad chilena de la época. Dice, por ejemplo: *"Hay muchas personas que viven con su estigma por sus ideas, lo que les provoca una gran inseguridad por la realidad que hemos vivido en el país. Otros que han sufrido en sus parientes cercanos el sufrimiento de la muerte o del desaparecimiento, viven con el temor a la impunidad o con la angustia de conocer el paradero de sus familiares"* Pero no es el único tipo de miedo que menciona Don Carlos. Escribe en efecto: *"También hay quienes temen perder lo que han ganado, sea poder o nivel económico. El miedo a un futuro en que el país entre en un esquema diferente lleva a muchas personas a defender la situación actual"*. A partir de esto, va a abrir una hipótesis: *"Tal vez hay*

un miedo más de fondo proveniente de nuestras inseguridades. Es el temor a entrar en un proceso de discrepancias, opiniones diversas y confrontaciones. El temor a aceptar que otros puedan pensar distinto a lo que piensa cada uno y expresar esas diferencias, confrontarlas y asumir que uno no tiene toda la verdad”.

Pero sobretodo, Don Carlos quiere plantear claramente el tema del plebiscito, relacionando este tema con los miedos mencionados anteriormente: *“Uno de los miedos más concretos hoy día es el miedo al plebiscito. Es una realidad propia de 1988. No me refiero a lo polémico de los ventajas y desventajas de cada opinión. Sino más bien a la incógnita sobre el futuro. Me parece que es muy importante mirar el plebiscito como una incógnita que produce temor, pero también con esperanza porque será un hito importante en la vida del país”.*

En este contexto, es interesante ver cómo el obispo presenta una cierta manera de pensar la articulación entre teología y política. Primero, comienza por situarse más allá de las binaridades. Escribe: *“Lo que más desea la Iglesia es crear un clima de justicia y de paz verdadera en el país. Para lograr ese clima se requiere reflexionar sobre las propias posiciones y entrar en otra lectura de lo que nos está sucediendo”.* Aquí, a través esta *“otra lectura”*, se ve cómo Don Carlos no entra en el debate sobre el plebiscito optando por una de las 2 posiciones en presencia, sino que lee la situación a partir de una invitación al discernimiento personal con vistas al bien común. Escribe: *“El día del plebiscito cada votante deberá actuar como una persona libre y consciente que votará lo que crea mejor para el país. Esta actitud debe prevalecer sobre los intereses individuales y debería estar presente desde ya en todos nosotros. Aquí está la raíz del respeto mutuo”.*

El llamado de Don Carlos es así un llamado a la conciencia de cada uno y de cada una de los ciudadanos chilenos: *“presento la urgencia de que cada chileno se forme la conciencia profunda de lo que significa votar sí o no. Nadie tiene derecho a profanar la conciencia de otra persona a través de presiones o de extorsiones. El día del plebiscito cada votante deberá actuar como una persona libre y consciente que votará lo que crea mejor para el país”.* Sin embargo, este llamado a la conciencia no es sinónimo de un llamado confortable a la neutralidad. En efecto, si *“la vida no es en blanco y negro”*, la carta se termina sin embargo con el recuerdo de que somos invitados a aprender a mirar con los ojos de Jesús, una mirada que hace mirar el futuro con esperanza y sin miedo. Y no es probablemente una coincidencia si las últimas palabras de la carta dicen: *“Vivamos en la esperanza y no en el miedo. Sepamos esperar al Señor como el centinela espera el amanecer”.* Hace 30 años, Chile eligió la esperanza.